



LOS
LOBOS
DE ORO

ROSHANI CHOKSHI

París a finales del siglo XIX es un mar de riqueza y decadencia en el que se oculta un objeto mágico de increíble poder...

Y la mayor sociedad secreta del mundo hará todo lo que sea por conseguirlo.

La Exposición Universal ha dado una nueva vida a las calles de París y ha desvelado algunos de sus antiguos secretos. Y nadie los conoce mejor que el buscador de tesoros y acaudalado hotelero Séverin Montagnet-Alarie.

Cuando la elitista Orden de Babel le coacciona para obtener su ayuda en una misión, le ofrecen a Séverin el único tesoro que jamás podría haber imaginado: su auténtica herencia.

Para dar con el antiguo artefacto que la Orden busca, Séverin reunirá a una banda de peculiares expertos. Lo que encuentren podría cambiar el curso de la historia...

Si logran sobrevivir.

Índice de contenido

Cubierta

Los lobos de oro

Portadilla

Introducción

Prólogo

Parte I

1. Séverin
2. Laila
3. Enrique
4. Zofia
5. Séverin

Parte II

6. Enrique
7. Séverin
8. Laila
9. Zofia
10. Laila
11. Enrique
12. Séverin

Parte III

13. Zofia
14. Séverin
15. Enrique
16. Laila
17. Zofia

18. Enrique

19. Séverin

Parte IV

20. Laila

21. Zofia

22. Enrique

23. Séverin

Parte V

24. Zofia

25. Laila

26. Séverin

27. Enrique

28. Laila

29. Séverin

30. Zofia

31. Enrique

32. Séverin

Parte VI

33. Enrique

34. Zofia

35. Séverin

Parte VII

36. Séverin

37. Laila

38. Séverin

39. Séverin

40. Hypnos

Nota de la autora

Agradecimientos

Acerca de la autora

*Para Aman que me dijo:
«Di algo bonito sobre mi».*

Pues no.

*Flectere si nequeo superos, Acheronta movebo
Si no puedo persuadir a los dioses del cielo,
moveré a los de los infiernos.*

VIRGILIO

Tiempo atrás, en Francia hubo cuatro Casas.

Como las demás Casas de la Orden de Babel, las de la sección francesa juraron salvaguardar la ubicación de su fragmento de Babel, la fuente de todo el poder forjado.

El forjado era un poder de creación solo comparable al de la obra de Dios.

Pero una Casa cayó en desgracia, y el linaje de otra murió sin heredero. Ahora ya no queda más que un secreto.

PRÓLOGO

ॐ

La matriarca de la Casa Kore llegaba tarde a cenar. Normalmente, ser puntual le daba bastante igual. La puntualidad, con su impropio tufillo a impaciencia, era para los campesinos. Y ni ella era una campesina ni estaba impaciente por vivir el sufrimiento de ir a comer con el mestizo heredero de la Casa Nyx.

—¿Por que tarda tanto mi carruaje? —gritó en el recibidor.

Si llegaba demasiado tarde, provocaría todo tipo de rumores. Y los rumores eran aún mucho más molestos e impropios que la puntualidad.

Se sacudió una invisible mota de polvo de su nuevo vestido de seda, diseñado por los modistos de Raudnitz & Cie, en la Place Vendôme del distrito 1. Varios lirios de tafetán se balanceaban en el bajo de seda azul. A lo largo del poli-són del vestido y en la larga cola de tul, bajo la luz de la vela se desplegaban campos diminutos de ranúnculos y hiedras. La obra forjada no tenía costuras. Como debía ser, dado su altísimo precio.

—Mis más sinceras disculpas, *madame*. —El chófer asomó la cabeza en el recibidor—. Enseguida estamos listos.

La matriarca movió la muñeca para despedirlo. Su anillo de Babel, un nudo de espinas negras atravesado por una luz azulada, brilló. Le habían soldado el anillo al índice el día que se convirtió en matriarca de la Casa Kore tras ven-

cer con éxito a otros miembros de su familia y a intrusos de otras Casas para hacerse con el poder. Sabía que sus descendientes, e incluso algunos miembros de su propia Casa, contaban los días que faltaban para que muriera y llegara el anillo, pero todavía no estaba preparada. Y hasta que llegara el momento, los secretos de su anillo solamente los conocerían ella y el patriarca de la Casa Nyx.

Cuando rozó el papel pintado de la pared, un símbolo en el patrón dorado lanzó un breve destello: un nudo de espinas. La matriarca sonrió. Como todos los objetos forjados de su hogar, el papel pintado llevaba la marca de su Casa.

Jamás olvidaría la primera vez que dejó la marca de su Casa en un artilugio. El poder del anillo hizo que se sintiera una diosa con forma humana. Aunque no siempre sucedía lo mismo. El día anterior había arrancado la marca de Kore de un objeto. No era lo que deseaba, pero tuvo que hacerlo para la subasta de la Orden de la semana anterior, y había tradiciones a las que no se podía renunciar.

Como comer con el líder de una Casa.

La matriarca caminó hacia la puerta abierta y se quedó quieta en el umbral de granito. El aire frío de la noche hacía que las flores de seda de su vestido cerraran los pétalos.

—¿Seguro que los caballos están listos? —le preguntó a la noche.

Su chófer no respondió. La mujer se arrebujó en el chal y se dirigió al exterior. Vio el carruaje, los caballos que esperaban, pero no al chófer.

—¿Acaso una plaga de incompetencia ha afectado a todos los que están a mi servicio? —murmuró mientras se iba acercando a los caballos.

Hasta su mensajero, que tan solo debía acudir a la subasta de la Orden para donar un objeto y marcharse, le había fallado. A su lista de tareas pendiente, él mismo había añadido una sin dudarlo, emborracharse muchísimo en

L'Éden, aquel agujero chabacano que pretendía ser un hotel.

Al lado del carruaje, la matriarca vio que su chófer estaba tumbado en el suelo boca abajo. La mujer se tambaleó hacia atrás. A su alrededor, el ruido de los caballo al golpear con los cascos se detuvo de manera abrupta. El silencio se instaló en el lugar como una gran daga que rasgara el aire.

«¿Quién anda ahí?», quiso decir, pero las palabras murieron sin llegar a pronunciarse.

La matriarca retrocedió. Sus tacones no hicieron ruido alguno sobre la grava. Como si estuviera debajo del agua. Se precipitó hacia la puerta y la abrió de par en par. La luz de un candelabro la bañó y, durante unos instantes, creyó que había escapado. Se pisó el vestido con el tacón y tropezó. El suelo no corrió a su encuentro.

Pero un cuchillo sí.

No llegó a ver el arma, solo sintió sus efectos: una presión aguda que le taladraba los nudillos, el chasquido de los huesos digitales al partirse, una cálida humedad que se deslizaba por su mano y su muñeca y que manchaba sus carísimas mangas acampanadas. Alguien que le arrancaba el anillo de los dedos.

La matriarca de la Casa Kore ni siquiera tuvo tiempo de gritar.

Abrió los ojos como platos. Delante de ella revoloteaban muchas polillas de luz forjadas con alas de cristales de esmeralda.

Un puñado se posó en el techo, como si fueran estrellas adormiladas.

Y entonces vio de reojo una barra gruesa que se abalanzaba sobre su cabeza.



PARTE I

De los archivos secretos de la Orden de Babel
Los orígenes del Imperio
Maestro Emanuele Orsatti, Casa Orcus
de la sección italiana de la Orden
1878, reinado del monarca Humberto I

El arte de la forja es tan ancestral como la civilización misma. Según nuestras traducciones, los imperios antiguos atribuían la fuente de su poder forjado a una variedad de artilugios míticos. En la India se creía que su fuente de poder procedía del bol de Brahma, un dios creador. Los persas se lo atribuían a la mítica taza de Jamshid, etcétera.

Sus creencias, por más que eran brillantes e imaginativas, estaban equivocadas.

El poder forjado proviene de la presencia de fragmentos de Babel. Aunque nadie puede saber con seguridad el número exacto de fragmentos que hay, este autor cree que Dios tuvo a bien desperdigar por lo menos seis después de la destrucción de la Torre de Babel (Génesis 11:4-9). Allá donde cayeron los fragmentos de Babel aparecieron distintas civilizaciones: los egipcios y africanos cerca del río Nilo, los hindúes junto al río Indo, los orientales en el río Amarillo, los mesopotámicos entre el Tigris y el Eufrates, los ma-

yas y los aztecas en Mesoamérica y los incas en la zona central de los Andes. Naturalmente, allá donde había un fragmento de Babel floreció el arte de la forja.

La primera vez que se documentó el fragmento de Babel de Occidente fue en el año 1112. Nuestros correlijonarios ancestrales, los caballeros templarios, trasladaron un fragmento de Babel de Tierra Santa y lo dejaron descansar en nuestra tierra. Desde entonces, a lo largo de todo el continente, el arte del forjado ha alcanzado niveles incomparables de maestría. Para los que han sido bendecidos con una afinidad forjada, se trata de una herencia de divinidad, como cualquier otra disciplina artística. Puesto que estamos hechos a Su imagen y semejanza, el arte del forjado también refleja la belleza de Su creación. Forjar no es solo realzar una creación, sino remodelarla.

Salvaguardar esta habilidad es el deber de la Orden.

Nuestra tarea, sagrada y encomendada, consiste en custodiar la ubicación del fragmento de Babel de Occidente.

Que nos arrebataran tal poder sería, me atrevo a afirmar, el fin de la civilización.

1



Séverin

Una semana antes...

Séverin le echó un vistazo al reloj: faltaban dos minutos. A su alrededor, los miembros enmascarados de la Orden de Babel sacaban abanicos blancos y murmuraban para sí mismos mientras esperaban con impaciencia la última puja de la subasta.

Séverin echó la cabeza hacia atrás. En las pinturas al fresco del techo, varios dioses muertos fulminaban a la multitud con la mirada. Procuró no fijarse en las paredes, pero no lo consiguió. Los símbolos de las dos Casas restantes de la sección francesa lo acechaban desde todas partes: lunas crecientes de la Casa Nyx y espinas de la Casa Kore.

Los otros dos símbolos los habían borrado cuidadosamente del diseño.

—Damas y caballeros de la Orden, nuestra subasta de primavera está a punto de terminar —anunció el subastador—. Les agradezco que hayan querido presenciar este extraordinario intercambio. Como bien saben, los objetos de la subasta de hoy se han rescatado de regiones remotas, como el desierto del norte de África o los palacios resplandecientes de Indochina. Una vez más, queremos dar las gracias y honrar a las dos Casas de Francia, que han accedi-

do a albergar la subasta de primavera. Casa Nyx, os honramos. Casa Kore, os honramos.

Séverin levantó las manos, pero se negó a aplaudir. La larga cicatriz que le recorría la palma brilló bajo la luz del candelabro, un recordatorio de la herencia que le habían negado.

Séverin, el último del linaje Montagnet-Alarie y heredero de la Casa Vanth, susurró el nombre de todos modos. «Casa Vanth, os honramos».

Diez años atrás, la Orden había declarado extinto el linaje de la Casa Vanth.

La Orden había mentido.

Mientras el subastador empezaba un extenso discurso sobre los deberes sagrados y pesados de la Orden, Séverin se tocó la máscara robada. Era un nudo de espinas metálicas y rosas doradas y heladas, forjado para que el hielo no se derritiera nunca y las rosas no se marchitaran. La máscara pertenecía al mensajero de la Casa Kore que, si la dosis que le había administrado Séverin era correcta, en ese momento estaría babeando en una lujosa suite de su hotel, L'Éden.

Según la información de la que disponía, el objeto por el que había asistido a la subasta aparecería en cualquier momento. Sabía qué ocurriría a continuación. Daría comienzo una subasta tranquila, aunque todo el mundo sospechaba que la Casa Nyx había amañado la ronda para quedarse con el objeto. Y aunque se lo quedara la Casa Nyx, aquel artificio se iría con Séverin.

Las comisuras de sus labios se alzaron para formar una sonrisa cuando levantó los dedos. De pronto, un cristal del candelabro de champán que flotaba encima de él se partió y voló hasta su mano. Séverin se llevó la copa a los labios, pero no dio ni un sorbo, sino que por encima del borde de cristal volvió a fijarse en la distribución y las salidas del salón. La salida este estaba señalada con varios pisos de *macarons* perlados con forma de cisne gigantesco. Justo

allí, el joven heredero de la Casa Nyx, Hypnos, vaciaba una copa de champán y con un gesto se hacia con otra. Séverin no había hablado con Hypnos desde que eran pequeños. De niños, fueron una mezcla de compañeros de juegos y rivales, los dos criados casi del mismo modo, los dos preparados para heredar los anillos de sus padres.

Pero hacía siglos de aquello.

Séverin se obligó a dejar de mirar a Hypnos y se concentró en las columnas de lapislázuli que escoltaban la salida sur. En la oeste, cuatro esfinges autoritarias se alzaban inmóviles con sus trajes y máscaras de cocodrilo.

Eran la razón por la que nadie era capaz de robar nada a la Orden. La máscara de una esfinge podía olisquear y seguir el rastro de un objeto que hubiera sido marcado por el anillo del patriarca o la matriarca de una Casa.

Pero Séverin sabía que todos los artilugios llegaban limpios a la subasta y solamente eran marcados por una Casa al término de la subasta, cuando los reclamaban. De ahí que solo hubiera unos preciosos instantes entre el momento de la venta y el de la reclamación durante los cuales era posible robar un objeto. Y nadie, ni siquiera una esfinge, podría saber dónde había ido.

Sin embargo, un objeto vulnerable sin marcar tampoco estaba libre de protecciones.

Séverin miró hacia el rincón norte, que tenía en diagonal justo delante, en dirección a la sala de almacenamiento, el lugar en el que los objetos sin marcar esperaban a sus nuevos dueños. Junto a la entrada estaba apostado un colosal león de cuarzo. Su cola cristalina golpeaba lentamente el suelo de mármol.

De pronto sonó un gong. Séverin miró hacia el podio desde el que un tipo de piel clara había subido al escenario.

—Nuestro último objeto es el que más nos llena de placer exhibir. Salvada en 1860 del Palacio de Verano de China, esta brújula fue forjada en algún momento durante la

dinastía Han. Sus habilidades incluyen viajar por las estrellas y detectar cualquier mentira —dijo el subastador—. Mide 12X12 centímetros y pesa 1,2 kilogramos.

Por encima de la cabeza del subastador brilló un holograma de la brújula. Parecía un trozo de metal rectangular, con una hendidura circular en el centro. El metal estaba adornado por todos lados con caracteres chinos.

La lista de las habilidades de la brújula era impresionante, pero lo que a Séverin le interesaba no era la brújula en sí. Era el mapa del tesoro que estaba escondido en su interior. De reojo, vio que Hypnos daba palmadas de emoción.

—La puja empieza en quinientos mil francos.

Un hombre de la sección italiana levantó el abanico.

—Quinientos mil para *monsieur* Monserro. ¿Alguien da...?

Hypnos levantó la mano.

—Seiscientos mil —dijo el subastador—. Seiscientos mil a la una, seiscientos mil a las dos...

Los miembros empezaban a hablar entre ellos. De nada iba a servir intentar ganar una apuesta amañada.

—¡Vendido! —exclamó el subastador con forzada alegría—. Para la Casa Nyx por seiscientos mil francos. Patriarca Hypnos, al término de la subasta, enviad por favor al mensajero de su Casa y al sirviente escogido a la sala de almacenamiento para llevar a cabo los ocho minutos de estimación habituales. El objeto se encontrará en el recipiente especificado, en el cual podréis marcarlo con vuestro anillo.

Séverin esperó unos instantes antes de excusarse de los demás. Caminó rápidamente junto a las paredes de la sala hasta llegar al león de cuarzo. Detrás del animal se abría una sala sombría revestida con pilares de mármol. Los ojos del león de cuarzo se desplazaron hacia él con indiferencia, y Séverin reprimió el deseo de tocarse la máscara robada. Disfrazado como mensajero de la Casa Kore, se le permitía entrar en la sala de almacenamiento y tocar un solo objeto durante exactamente ocho minutos. Esperaba que la más-